

ELOGIO DE LA MATERIA

Reflexión sobre el trabajo de Federico Assler.

Cristián Undurraga.

“Siento en lo más profundo que la escultura es para el hombre que camina a su trabajo, que pasea”, nos dice Assler. Y, rescatando la dimensión tectónica de su obra, agrega: “Quiero que se pueda tocar, caminar entre sus elementos, y que su presencia se imponga a una cierta distancia, pero que al acercarse sean su piel, sus formas y su coloración las que proporcionen la expresión total. La escultura así concebida está a escala del ser humano, que es quien la dimensiona con su presencia”.

Constructor tenaz, artesano virtuoso, poeta y alquimista, Assler es un explorador atento a los poderes de la materia transfigurada. Más que esculturas, sus obras son --como él mismo señala--, “experiencias vitales”. Esa experiencia que transforma el hormigón en una presencia nueva e insólita, cargada de vida trascendente. Su particular forma de hacer constituye una reflexión profunda sobre la materia expuesta al soplo de la existencia.

La obra de Assler no reclama refugio ni visita ilustrada. Fiel a su vocación mediadora, busca en las calles, plazas y parques el abrazo colectivo de las miradas, el encuentro con el hombre. Allí, ancladas al suelo conquistado, sus esculturas se yerguen estableciendo una jerarquía geológica, instantes de germinación que parecen contener el universo entero: trascendencia del mito, correspondencia geográfica, ecos del porvenir.

Despojado por el artista de esa condición utilitaria o profética a la que lo condujo la arquitectura del Movimiento Moderno durante el siglo XX, el hormigón se transforma aquí en una voz cargada de densidad, apasionadamente personal, dueña de una plasticidad original y desconocida: es la materia que supera sus cualidades intrínsecas para remitirnos a la aurora de la creación. Con una textura de geografías erosionadas y de troncos petrificados, con su consistencia carnal de cuerpos que se abrazan, estos hormigones contienen toda la vastedad de un mundo en evolución constante.

Enraizado en la matriz andina, el trabajo de Assler nos conduce, en su dimensión de horizonte, a un mundo de cordilleras. “Al decir cordillera”, como escribiera Gabriela Mistral, “nombramos una materia porfiada y ácida, pero lo hacemos con dejo filial, pues ella es para nosotros una creatura familiar, la matriarca original.” La extrapolación geográfica de la materia celular, abre paso a una poderosa voluntad de encarnación: cuerpos y rocas son una misma cosa. Piel cálida, piedra fría, humanidad que se despliega para transformarse en geografía, geografía que se repliega para hacerse humanidad e inmediatez.

Como levantada de un letargo ancestral, la escultura de Assler surge como presencia de un rumor pretérito, un murmullo de seres ineludibles, erosionados por el dolor inevitable de la existencia. Materia labrada, entretejida en estratos de pasión y de ternura, surcos donde el labrador ha puesto la semilla del alba. Allí, donde irrumpen las formas del hormigón domesticado y, a la vez, liberado de sí mismo, reposa el hombre, amalgama de reciedumbre y desgarró, furia volcánica y mansedumbre de los valles.

Los pequeños modelos que concurren a esta exposición representan la fase germinal de un proceso que, paulatinamente, iría creciendo hasta alcanzar su dimensión urbana y geográfica. Aún en el proceso, en lo transitorio del desarrollo de una obra esbozada o tentativa, se percibe una totalidad monumental que es independiente del tamaño de cada pieza. Si nos sobrecoge la fuerza de estas pequeñas obras, es porque ya encarnan toda la monumentalidad de su consistencia andina, mientras que la virtuosa pulcritud de su factura nos revela la relación íntima, humana, entre el artista y su material.

Santiago primavera del 2005.